
EL ASESINO DE LAS SOMBRAS

La Llegada del sol

Bajo un manto verde, una misteriosa mujer se ocultaba, solamente su voz se escuchaba al preguntar por la persona más hermosa del sitio. Durante bastante tiempo estuvo buscando a esa persona, como todas las almas, tenía sueños, era la belleza, pero, quería que todos tuvieran ese sueño, se emocionaba de solo pensarlo, verlos *esclavizados*... se reponía de su momento de éxtasis y recordaba a lo que había ido a aquella ciudad. Las referencias eran las mismas:

—Oh, sin duda sería la esposa de Damián van der Waals, dicen que su esposa es tan bella que construyó su mansión lejos de la ciudad para que nadie viera a su esposa.

Era prometedor, ya había recorrido muchos lugares, la deidad de la Belleza, bajo el manto verde, sonreía, pues tal vez fuera posible encontrar al Absoluto de la Belleza, aquel ente que representaba la belleza pura y que debía gobernar, según ella, por supuesto. Si encontraba a un ser hermoso entonces podría usarlo para invocar al Absoluto. Al menos eso era lo que creía, en los tiempos donde el monje nulo aún vivía, escuchó aquellas palabras, sabía que todo estaba escrito, y que había sido cómplice de un crimen grande ocultando la verdad. Pero aún estaba intacta la historia que aquel monje que subió con la piel normal y regresó con la piel gris, había escrito. Se sabía que las agujas de la cámara hexagonal eran letales, pero no de esa forma, aún se seguía preguntando la razón de retornar de esa forma a la cámara.

Llegó al sitio, se quitó el manto y se volvió invisible para los ojos humanos, flotó e ingresó al lugar, dentro, conoció a un matrimonio que se quedaba en la oscuridad de las gruesas paredes. Bailaban juntos, y la Belleza disfrutaba de observarlos, no quería aún usar a esa hermosa mujer, pálida como el hielo, el hombre disfrutaba seguir el ritmo, hacer las espirales en el aire, sentir el latir de la mujer y seguirla a donde fuera, más allá de la pista, más allá de donde pudiera, era el matrimonio más feliz que haya visto la Belleza, considerando que no le importaban los matrimonios y la gente en general, no eran muchos con los que pudiera comparar. Más allá de sentir algo por la pareja sentía que su gracia estaba en su movimiento, en sus rasgos, eran hermosos, eran la representación pura de la Belleza en forma humana, y se deleitaba de verlos, así que decidió verlos al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente.

Hasta que un día, el baile cesó, pero como toda alma, la Belleza tenía curiosidad de conocer la razón, el matrimonio de Helena y Damián ya no se la pasaba en el salón, las cortinas, que de por sí estaban cerradas, movidas por la deidad, miraban los ojos en el vidrio, pero solo el vacío era lo que encontraba, ignoraba el hermoso interior de la casa, decidió hacer algo que no pensó que haría, aunque, eso era mentira, al comienzo sí planeaba abrir la puerta y meterse en el hogar, ahora lo estaba haciendo y nadie podía verlo. Durante los días de su vigilancia, sabía que no había más personas, era solo ella y él.

Sabía que Damián ya no era conocido en los alrededores, y que iba a pedir lo necesario para comer, no tenía idea cómo podían tener tanto dinero y una casa tan lujosa si no realizaban ningún trabajo, era solo ellos y el arte. La Belleza caminó por las salas hasta perderse, después de mucho tiempo, en su camino, escuchó que alguien besaba. La puerta estaba entreabierta, no quiso entrar, y esperó, escuchando lo que decían.

–Damián, no estoy enferma, no necesitas estar conmigo todo el tiempo, querido.

–Pero estás delicada, un bebé no es cualquier cosa, no me molesta quedarme contigo, cariño.

La deidad estaba contenta, con un bebé sería todo lo que sus padres en una sola persona, sería el arte de los pasos, de los rasgos, de las palabras, sería prácticamente perfecto, aquella persona que fuera el heredero de ellos dos. Decidió alejarse y dejarlos en paz, justo cuando ya se iba marchando escuchó a Damián decir algo más.

–El doctor vendrá pronto – dijo, pero Helena no pareció contenta de esto.

De nuevo la curiosidad se implantó en la Belleza, sonó una gran campana, era el llamado del doctor, o eso suponía, Damián abrió la puerta, la deidad aprovechó para entrar en la sala, después de todo, nadie podía verla todavía. Damián se estaba despidiendo como si no la fuera a ver nunca más, podría haber entrado y salido mínimo cuatro veces, y se estaba impacientando pues ya quería saber lo que el doctor tenía que decir acerca del embarazo de la hermosa Helena. Eventualmente Damián se marchó, la deidad miró de cerca a Helena, se veía aún más pálida de cerca, parecía que de verdad su rostro era de hielo y parecía aún más frágil de tocar, no era de extrañarse que su esposo se comportara de esa forma y más ahora.

El doctor al fin llegó, se sentó, tocó la piel de Helena, miró la cortina que daba a la habitación y la abrió un poco más, comenzó a anotar algunas cosas en una pequeña hoja, una letra inentendible era lo que se podía apreciar desde el punto de vista de la deidad. Se quedó boquiabierto, no entendía qué sucedía, el doctor la miraba con cara de enojo, en realidad miraba todo con esa cara, parecía que odia la vida, o simplemente que estaba de mal humor, era muy probable que lo estuviera todo el tiempo. No decían nada, simplemente gruñía y eso daba paso a pensar que estaba mal, o quizá solo era su costumbre. Damián parecía sufrir con cada gruñido del doctor, en general parecía sufrir con escuchar que Helena estuviera débil.

Como no entendía nada de lo que pasaba, la Belleza se puso a observar el sitio, era una habitación grande con enormes ventanas con un cisne blanco pintado encima de las ventanas rectangulares grandes, para abrirlas se debía deslizar el marco y, claro, quitar antes el seguro, algo que parecía no se había hecho en bastante tiempo. La cama era lo primero que se veía al entrar, el edredón magenta combinaba con unas cortinas vino que eran lo que tapaba la luz del sol, había muebles de madera oscura y recuerdos sobre ellos, del otro lado había un enorme ropero donde debían estar los vestidos que usaba para bailar, la inspección del lugar se terminó cuando la deidad escuchó en voz baja al doctor de voz grave.

—No ha mejorado, lo de costumbre, no se exponga al sol, pero dele un poco más de luz en su cuarto. Por cierto, felicidades por su embarazo — parecía todo menos feliz por eso.

Las cortinas y las paredes mantuvieron la piel de Helena lejos de la luz del sol, así pasaron los días, y la Belleza esperó pacientemente para ver al bebé que tendría, en la semana que se esperaba una doctora acudía a diario para estar preparada para ayudarla a dar a luz. Le había dicho que era un bebé bastante grande, sano y sin duda, hermoso como sus padres. Tres días más tarde, dijo que ya estaba lista, no se escuchó nada, se le prohibió a Damián entrar y cerró rápido la puerta, por lo que el esposo y la deidad esperaron por horas, quizá el grave error de Helena y Damián fue no contarle que ella estaba débil por su enfermedad, quizá ella ya sabía qué pasaría, o tal vez sí se lo dijo, tal vez la doctora lo sabía y ya se lo había anunciado, pues al salir, no parecía triste, más bien parecía haberlo aceptarlo, quizá por eso había escogido esas palabras al salir de la habitación: *Ha llegado el sol*.

El explorador primordial

Mauricio está frente al explorador, parece como si acabara de conocer la vida, un niño de muchos colores está viendo una rasgadura en el aire. En su mano parece llevar un cuchillo, el color de la hoja es difícil de describir. Se ve preocupado, pero no tanto, al menos si se le compara con Mauricio. El ayudante está leyendo un gran libro, de la nada ha sacado un estuche, una bolsa y un maletín, a veces lo regresa de donde lo sacó, no está muy seguro qué necesita o si ha funcionado lo que hizo.

—Oh, oh, parece que funcionó amo... — dice bastante consternado, mientras el niño está preocupado porque no alcanza su nariz con la lengua — no importa.

—¿Quién soy? — dice automáticamente el explorador.

—Sin duda funcionó, bueno, un placer, ah... — dice mientras les da vueltas a las páginas, busca algo — no, no, no, eh... sí, sí, tú eres el explorador primordial, este sitio... bueno, tú ya lo conoces, digo, por eso hablas como nosotros.

—¿Primordial? — se mira sus dedos, se queda mirando un buen rato — de... dedos, primordial, hablar, yo, soy el explorador, entendido, ¿entendido?, ah, claro, entendido. Es... extraño, ¿qué es extraño?, oh, entiendo.

Mauricio se le queda viendo sin decir nada, era lo de siempre, una persona, o algo cercano a una persona, en frente de él se la pasaba a cada rato dándose cuenta lo que significaba lo que decía, era aburrido más que sorprendente, ya lo había hecho muchas veces y ya no causaba el mismo efecto como la primera vez, pero, aunque lo hubiera hecho tantas veces, lo que sí causaba el mismo efecto era saber si no había cometido algún error, pues los procedimientos del Manual general sobre creaciones básicas versión simplificada volumen 2, era muchas cosas, menos una versión simplificada. Viendo el desastre que su amo causó, solo suspiró y se puso a buscar la página para arreglar la situación.

—¿Ves este templo?, ay, no lo he hecho, eh, je... dame un momento, a ver, página 1200, creo, ay, no importa, mira, te vas a encargar de proteger esta *sagrada* rasgadura, nadie puede entrar aquí, nadie, harás un lugar sagrado para conservarlo, hay más gente por allá, ¿bien?

–Lugar sagrado – básicamente el explorador se paso repitiendo las palabras que dijo Mauricio, este a su vez, miraba con menos interés al explorador, perdía cada vez las ganas de contarle qué debía de hacer, luego volteaba a ver la horrible cortada en el aire que hizo con la daga mágica para ir de un universo a otro, y se resignaba a seguir dando instrucciones.

Lo cierto es que era el universo primordial, Mauricio era el secretario o asistente del chico, también era su cuidador o niñera, y lo seguiría siendo por mucho tiempo, pasaban milenios y el niño apenas si cambiaba de aspecto, se supone debía de enseñarle las cosas del libro, convertirlo en un creador de universos, un arquitecto de realidades, pero no conseguía más que romper las reglas a cada rato, era un caos, y de no ser porque si se rendía lo condenarían a un tormento eterno, ya hubiera renunciado a su trabajo desde hace mucho tiempo.

–Sí... ¿quieres dejar de repetir lo que digo?, verás, este lugar, es el universo primordial, el primero de todos creados por mi amo, esta rasgadura... mira, los que están aquí también saben cómo hacerla, pero es demasiado grande y no podemos cerrarla así porque sí, requiere tiempo, y mientras en ese tiempo, encárgate de que nadie entre. Como aparentemente aquí odian las cosas relacionadas con el tiempo, escogí tu virtud de la curiosidad, así que tienes un universo pleno por mirar, mira, no... por favor no entres, la virtud que te tocó no la escogí yo, la escogió él – señalando a su amo – no seas curioso ni te metas, ¿sí?

–Curioso – Mauricio solo bajó la mirada, era un caso perdido.

Mauricio puso un espejo sobre la rasgadura, le hizo olvidar algunas cosas al explorador primordial, puso un par de paredes, luego más, y así, hasta terminar un templo con un gran desgano durante toda la construcción, miraba al explorador, era un caso perdido, no, Mauricio era el caso perdido, odiaba su trabajo, ni siquiera parpadeaba, seguro se metería, empezaba a hablar bajito, *ese tipo se va a meter, es que, a quién en su sano juicio se le ocurre darle la curiosidad, explorador primordial, ¿para cuidar este horrible accidente?, no puede ser estoy perdido, desde mi nacimiento estoy perdido*, miró a su amo, también con desgano, abrió una rasgadura pequeña y le tocó el hombro a su amo.

–Esta vez, yo ya hice la apertura, usted practicará... dentro de un buen rato, por favor.

Se marcharon del universo de los primordiales, todo era inmaculado, no había muchas cosas en el lugar, la mayoría de edificios eran blancos, lejos, el explorador encontró una pequeña ciudad, donde habitaban otros primordiales, no eran muchos, al menos no ahí, todos le dijeron que habían grandes ciudades especializadas en algo, como las matemáticas y la lengua, eran la base de todo, las ideas básicas de todo, en el centro de esa ciudad, gobernada por el Orden, había una especie de fuente, cada cierto tiempo aparecía un primordial. Aunque, tenía que pasar realmente mucho tiempo y usualmente, a todos los que ya estaban, les caía mal.

Alrededor de esa fuente, que ocupaba mucho espacio, y en el mapa se vería como un gran círculo, contando el edificio donde estaba, en torno a este círculo, estaban varias prisiones inmaculadas de blanco, una en especial, era la del primordial que sabía hacer las aperturas como Mauricio y su amo, ya no tenía su daga mágica y solo él sabía cómo utilizarla, pero al parecer, en el reino de las matemáticas habían aprovechado para abrir una apertura a un universo que no debían, por lo que decidieron dejar de usar sus servicios, en realidad, era parte del consejo de justicia, el castigo usualmente era exiliar a los primordiales a otro universo, justo como al primordial del tiempo y la tolerancia.

El explorador buscó, en todos lados, hasta que el camino se tornó finito, y notó que no había más, quería conocer más, y más, en un lugar tan grande, pero al final de cuentas limitado, se disponía a terminar de conocerlo todo, entendía los conflictos en la historia, las terribles decisiones que había sido tomadas, podría volverse historiador de todo se había aburrido de no poder encontrar nada más, hasta que... la fuente, la fuente comenzó a brillar, así fue como conoció a otro primordial que le caería muy bien, había aparecido con un aparato que le dejaba tomar cuadros de lo que veía, estuvieron mucho rato juntos, hasta que eventualmente los lugares para mostrarle se le acabaron al explorador primordial, excepto uno, uno que se suponía debía cuidar...

Al tomar una foto de ese lugar, el espejo de la pared arruinó la imagen, por lo que el capturador primordial lo quitó y vio, lo que nunca había visto, era un gran sitio, uno que parecía de cuadros infinito, le contó al explorador, y dejaron pasar un tiempo para decidirse, cuando llegó el día decidieron entrar, y al entrar, algo... algo muy importante pasó.

El orgullo de los de Bruijn

–Se llamará Osher, será el mejor de toda Hoja Celeste – así dijo el padre en el hospital, ante la maravilla de su hijo, un pequeño bebé, en los brazos de aquel hombre, al que juró a toda la ciudad, sería la cumbre del apellido de Bruijn.

Hoja Celeste, una ciudad de misterio en cada parte, la gobernadora, según los periódicos, había estado haciendo un gran trabajo, en aquél entonces un gran caso andaba a la vuelta de la esquina, uno que tomaría el honor del mejor detective de todos los tiempos, ya llevaba un poco en el caso y seguía sin poder resolverse, la primera en seguir la investigación, después del detective Hamilton, era, por supuesto, la legendaria detective Cereza, jóvenes de apariencia, pero sin duda, todos decían que habían nacido para eso, y también para conocerse, todos dirían que su amor sería eterno, hasta la vejez.

La pareja de la justicia no era el único de los orgullos de Hoja Celeste, aquí lo correcto era importante, estaban viviendo una gran transformación por parte de su ciudad vecina, hacía tiempo que sucedía, pero las personas habían decidido mantenerse tradicionales a sus costumbres, dejar en blanco lo que es blanco y negro lo que es negro, sin escala de grises, dejarlo simple y fácil de entender, esto principalmente por el gran templo celeste, donde principalmente se daba a conocer a las deidades de la Bondad y la Maldad.

Osher de Bruijn probablemente solo tuvo la mala suerte de nacer en donde solo se puede ser bueno o malo, donde eres el orgullo o la vergüenza, donde el amor, es para muchos, algo secundario en la familia, algo que, queda implícito y no se demuestra con acciones, donde se da por hecho, que cada integrante de la familia se quiere, y se debe querer, no está en su decisión, es un hecho, uno que pone la sociedad, más allá de la voluntad de cada persona. De Bruijn era un verdadero encanto, no era malo, simplemente era, algo, que las personas no querían que fuera.

Osher era para el mundo, una explosión de emociones, era en el lienzo de la existencia, un montón de colores, era la alegría para todos, pero, ante todos, eso resultaba en sumo disgusto, así que, el pobre tuvo que aprender a contener sus sentimientos, a dar también por hecho que quería a las personas, y a no decírselo, nunca, a nadie, ni siquiera a él mismo.

Ser más que blanco o negro, mucho más que un montón de grises fue algo que toda la ciudad pudo haber tachado de inaceptable, Osher no tuvo que comprobarlo, le resultó evidente, no entendía cómo la gente podía vivir así, en un lienzo inmenso, no podía pintar nada, solo tenía que remitirse a ver, y seguir viendo, la inmaculada blancura de un papel que resultaba tonto que existiera, *¿Por qué tanta blancura, si por debajo, es lo más oscuro que cualquier ojo pueda ver?*

Todo era insoportable, hasta que conoció a Lina, su esposa por defecto, no era una opción, era un hecho, los padres se habían puesto de acuerdo desde hacía un tiempo, resultaba muy conveniente unir a las familias Schultz y de Bruijn, aunque el matrimonio definitivamente no quería a ese yerno, no tuvieron de otra que mantener el honor de su palabra, para ellos, Osher era un horrible manchón en la gran y pura ciudad de Hoja Celeste: *y los machones en las pinturas, no deben existir, como los hierbajos en el jardín, deberían ser cortados de raíz.* Dijo la señora Schultz, que iba al templo prácticamente todos los días.

Afortunadamente, ninguno de los dos sabía, un supuesto encuentro de forma fortuita fue lo que los unió en el comienzo de su estadía en la escuela, fingiendo sorpresa, los padres se pusieron a hablar un poco, y el resto lo hicieron los niños, ¿cómo podrían unos padres jactarse de amar a su hijo si a cada momento querían silenciar su canto?, era la pregunta detrás de toda la existencia de Osher, nunca fue particularmente alguien especial, según él, o al menos no, de la forma en la que quería serlo... ¿quería serlo?, o quizá, querían que fuera, y él quería ser como querían que fuera, pero no podía hacer nada, no se puede ocultar el aura del sol, aunque se tape el cuerpo del mismo.

Lina fue un hermoso ser que comprendió bastante el amor que Osher guardaba, quizá era demasiado, no fue extraño que se volvieran tan cercanos, el problema era que con el paso del tiempo, algo dentro de Lina crecía, y al igual que las enredaderas, quebrantaba el interior de aquél edificio que era su cordura, pasaban los años y la semilla ya se había tornado en algo más, era la ilusión, el hecho de saber lo que debían ser, pero Lina, Lina lo sabía perfectamente, la única feliz en aquél matrimonio sin futuro, sería ella por estar con él, quizá, la empatía que sentía por él, era lo que más le causaba dolor: *eres tan dulce y tan hermoso, Osher, y aún así, tú y yo... no seremos uno, porque aunque queremos estar con el otro, no lo queremos igual.*

Lo decía en su balcón muchas veces, antes de las cenas, después, se arreglaba el cabello, se ponía broches de abeja, sentaban bien con sus mejillas, la sonrisa, viva como siempre, pero muerta como de costumbre, ante la ausencia de Osher en la mesa, ante la ausencia del mismo en su vida, *la maldición de Osher, es ser él mismo, pero la mía, la mía es aún peor, lo tengo tan cerca, y aún así, sé que su mano no me pertenece, ¿es acaso un verdadero alivio para él que yo lo entienda tan bien?, ¿o una desgracia para mí?*

Cuando cumplieron la edad para escoger a qué se dedicarían, en una cena, un brindis para ser exactos, Lina Schultz tomó su copa, miró a todos los invitados y dijo:

–Es para mí un verdadero honor que estén todos ustedes aquí reunidos, sé que mis padres han dicho que les darían una gran sorpresa, pero, sinceramente no me gustan las sorpresas, por lo que tendré que hacer de las mías, y darles una sorpresa yo... – Lina se dio su tiempo, tomó un trago, miró sus dedos con melancolía y se dijo así misma: *son increíbles las tonterías que uno hace por amor* – yo, no me casaré con la persona que escogieron mis padres, lo cierto es que, no pueden hacer mucho, soy su única hija y heredera, y sé perfectamente que no tienen elección, supongo no les dirán quién era el yerno, lo cierto es que... no importa, el resto de mis palabras las olvidarán, solo soy palabras olvidadas con un nombre olvidable – esto último lo dijo viendo fijamente a Osher.

Esa noche, ante la sociedad, Osher no fue la vergüenza de Hoja Celeste, Lina no salió de su cuarto, sabía que no tenía caso, las palabras sobraban y el silencio reinaba en la cada de los Schultz, no había nada más qué decir, ya había dicho lo que quería, tomó un poco más, y se decidió a tocar, esa madrugada, tocó como nunca, sus padres, en un aparente despliegue de enojo, se marcharon y dejaron a sus invitados, estos, decidieron charlar muchos más de los anfitriones que de costumbre, no importó nada de eso, a la sociedad se le olvidó esa noche, porque una semana después, Lina ya tenía un nuevo pretendiente, uno mejor, de hecho, los señores Schultz la felicitaron, no mancharon su propio honor, pero claro, ya no era su hija ante la sociedad, no les importaba, con tal de no ver al desgraciado de Osher en su familia, daba igual así perdieran toda su fortuna, además, el nuevo yerno era mucho mejor, todos los que hablaron mal de ellos, también los felicitaron por la gran elección y cordura de su hija, la misma a la que le dijeron desquiciada tan solo una semana: todo, era blanco en Hoja Celeste.

El delito de Sebastián

Al funeral solo asistió Damián, el día no fue para nada triste, el sol alumbraba toda la superficie, hubiera sido un hermoso día de baile con Helena, llevaba con el al recién nacido, anotado con tinta y poca fuerza, Sebastián, el nombre del heredero del matrimonio con una letra deplorable, uno podría ver el papel y vería cómo se drenaba la energía de quien lo escribió letra por letra. Damián no estaba muy seguro qué hacer, para él, Helena era su brújula en la vida, y, aunque quería a Sebastián, lo cierto es que, había un gran vacío en su pecho, por eso no fue sorpresa de nadie que solicitara a un par de personas para que se encargasen de su hijo.

En menos de una semana, Sebastián ya estaba igual de encerrado que su madre, no podía entenderlo, y esto, apenas era el comienzo de sus desgracias, la belleza perdía poco a poco la esperanza de hallar la forma de despertar al absoluto de Belleza mediante un niño al que no tenía tanto amor, uno podía sentir el resentimiento futuro, era algo que solo tomaría tiempo, pero era lógico, ni siquiera veía a su padre, la señora que venía, la cual era particularmente fea para la Belleza, cuidaba del gran niño de la casa.

El tiempo transcurría, el aspecto del señor Damián se deterioraba, estaba pálido, tanto como Helena al morir, la sonrisa se había perdido, sus dedos ahora daban un poco de asco, en realidad... él en su totalidad daba un poco de repugnancia, se presentaba ante la luz, algo que no había hecho en un buen tiempo, solo comía de noche, y volvía a su habitación, nadie lo veía, ni quería que lo vieran, él tampoco entendía dónde se había marchado su felicidad, tal vez cuando murió Helena, alguien le abrió el pecho y tomó su corazón, quizá fue la propia Helena, en la noche, al dormir, le dio un beso y succionó su felicidad, o tal vez cuando estaban bajando el cuerpo de su amada, al cerrar los ojos, ella se levantó, y tomó su alma sin más.

Lo cierto es que, respirar, para él, no hacía la diferencia entre su existencia y la de Helena, quería dejar todo, de pronto, había miles de formas de... pero, no podía, no podía marcharse, estaba el niño, ¿o era solo un pretexto a su cobardía?, se lo preguntaba seguido, y quería ver a su hijo, pero le repugnaba la idea de que lo viera en ese estado, no vería a un padre, vería a un muerto animado, y entonces, decidía no hacer nada, dejar que el tiempo pasara.

La belleza de vez en cuando, se la pasaba con el niño, después de algo de tiempo, seguía visitando al chico, realmente era apuesto, no se imaginaba cómo se vería cuando fuera mayor, cuando por fin le fuera útil para sus planes, pero, tenía sus dudas, aún estaba el hecho de tener rencor a la larga, ya lo había visto antes, parecía ser que no podía sacar nada de esto, pero, le tenía cierto cariño al chico, pues en el rostro pálido se podía ver a Helena aún. Todo iba de una forma decente, hasta que Sebastián cumplió más edad, y la habitación que usaba ya no le pertenecía.

El matrimonio van der Waals había preparado eso muy bien, le habían apartado cuatros habitaciones para ciertas edades de su vida, Damián lo había olvidado, había olvidado lo que vio a la semana de tener a su hijo en sus brazos, o, sería más apropiado decir, lo que no vio a la semana de su nacimiento, el chico... no tenía reflejo, no fue algo particularmente malo para Damián, es decir, estaba tan abatido como para darle importancia, pero entendía que no lo captarían igual las personas que cuidaran al chico, por ello quitó los espejos de la habitación, pero, no lo hizo con la siguiente, entonces, la niñera, también supo qué era lo que le faltaba al niño.

El grito fue espantoso, se marchó, ni siquiera dijo nada, solo se fue, les contó a las autoridades, y estas, llegaron un tiempo después (ya que la tildaron de loca al comienzo, pero su insistencia fue grande), lo anormal no era particularmente bien recibido, después de todo, seguía muy cerca de Hoja Celeste, aunque en las afueras, y si bien, no había realmente una autoridad, ya que gran parte de ese campo pertenecía a los van der Waals, aún así, lo correcto debía ser lo que habitase en la ciudad y en los alrededores de Hoja Celeste. Así fue, como a Damián lo obligaron a ocultar a su hijo, por supuesto, en palabras de la gobernadora: *no somos unos salvajes, al final de cuentas su hijo sigue siendo humano, aunque eso podría ser cuestionable, en fin, no es el punto, tendrá derecho a la educación, pero se remitirá a tener cualquier contacto ajeno a su persona en una cárcel, afortunadamente usted es rico, y por supuesto, estará encantado de pagar estos gastos usted, después de todo, entiende bien el delito de su hijo.*

Sin embargo, Damián no entendió el delito de su hijo, parecía que su delito era haber nacido, lloraba, no decía nada, aceptaba lo que le pedían y se marchaba igual de muerto que antes.

–Santos todos, a palabra propia... y pecadores los mismos, a rezo ajeno – fue lo que gritó cuando iba a entrar a su casa, por supuesto, recibió una multa que argumentaba, había manchado el inmaculado honor de la gobernadora. Damián sonrió, pues no dijo nunca nombres, pero al parecer, había llegado a los que debía llegar.

Desde ese día, tras los barrotes, un delincuente habitaba en la gran casa van der Waals, un terrible delito había cometido, nacer, él, era la pureza, era el blanco que Hoja Celeste hubiera querido ver, pero, en vez de alentarle a la bondad, simplemente le escupieron, lo bofetearon y le apuñalaron, no por la espalda, peor, de frente, y con modales, con una carta, y con palabras de diplomacia, desde ese día, aprendía, y comía, como un ser despreciable, su físico no le ayudaba en nada, pasaba el tiempo y era sumamente grande, a los 12 ya medía más de metro y medio, a los maestros que tuvo, y a los cuidadores, esto solo les dio motivo para mantenerse alejados de él, ni siquiera sabían por qué estaba tras las rejas, ni su edad, solo sabían, que debía estarlo, y claro, el gobierno como los monjes, no podían equivocarse.

Irónicamente, la habitación donde estaba habitando, si es que se puede usar una palabra tan lejana de lo que realmente pasaba con Sebastián, era la misma en la que encontraron que no tenía reflejo, tenía acceso a un baño construido especialmente para él, pero, no podía hacer mucho, de hecho, a Damián le habían privado de ver a su hijo, pero claro, tenía que cubrir los gastos del mismo, pidió la construcción del baño para su hijo, y esperaba, lentamente a que llegara su día, ya había encargado y dejado todo a nombre de su único hijo, sabía que la gobernadora sin duda quería clavar el diente en propiedad ajena y gratis. Por su parte, Damián aprendía, aprendía rápido, o más bien, eso era lo que decían los profesores en unas notas, porque tampoco tenían permitido ver a Damián, ni preguntar qué pasó, ni quién era el tipo dentro, solo podían hacer lo que se les había solicitado, para ellos, bien pudo haber sido un asesino rico de más de veinte años hijo de un rico que había burlado la ley.

Sebastián comprendía por qué estaba detrás de los barrotes, un tragaluz que podía abrirse desde fuera de las rejas se había vuelto accesible ante el gran crecimiento del chico, sus brazos alcanzaban para abrirlo por su cuenta, se veía al espejo de la habitación, la que usaría cierto tiempo, no veía nada, quería romper el espejo, no lo hizo, solo se recargó, y sintió que entraba en él, no estaba solo, pero él no lo sabía, insistió en su empuje, y entonces... logró entrar.